

Las Plumas del Miedo

Cien memorias bajo el acantilado

Luis Baizán

 Safe Creative  Todos los derechos reservados

Editado por LDB, 2017

www.luisbaizan.com

Facebook: facebook.com/luisbaizanescriptor

Instagram: luisbaizanescriptor

Twitter: @luisbaizan

A quienes ballaron la esperanza.

Otro de aquellos días fui hasta la plaza de los guardias. Me sentía tan atraído por ese libro, que no estaba dispuesto a dejarlo pasar por alto ni una visita más.

Así que, con leche en una bota y jamón seco, me senté en los escalones de un soportal frente a los centinelas.

Tenía todo el tiempo del mundo. Algo pasaría tarde o temprano. Un gesto o hecho extraordinario que me hiciera descubrir por qué se trataba de un ejemplar tan especial.

El sol de la mañana cubrió mi rostro y su calidez enrojeció mis mejillas. Cerré los ojos de placer. El olor a salitre era intenso, tanto o más que el combate de las olas.

— Creo que podría estar así todo el día...— susurré al viento.

De pronto, algo cayó a mi lado. Abrí los ojos del susto y me puse de pie. Era un simple libro. Miré hacia los lados y al frente.

— ¡Aquí arriba!— me gritó alguien.

Alcé mis ojos hacia la fachada de la casa sobre la que un momento antes descansaba y allí se hallaba el anciano. Sonriendo.

— ¿Pretendes matarme?

— Tal cosa no es posible— respondió sacando medio cuerpo hacia fuera.

— Pues parecería que sí.

Recogí el libro del suelo y limpié su cubierta. No había título ni dibujos.

— Te va a encantar.

— No pienso leerlo— afirmé tras depositarlo en el suelo de nuevo.

— Creía que el origen de esta ciudad era de tu interés.

— Y así es, pero el único libro que me interesa ahora es aquel— dije señalando el tomo custodiado.

— Tú mismo— sentenció tras cerrar el ventanal sobre el que se asomaba.

Di un puntapié al libro y me crucé de brazos. Nada me distraería.

Comencé a dar vueltas alrededor de los guardias. No tenían la mirada perdida, pero tampoco fijaban sus ojos en nada. Era muy extraño. Pero qué no lo era en aquel lugar.

Después observé el libro. Sus hojas seguían pasando. Con lentitud. Con gracia. Me fascinaba que corrieran sin que nadie las tocara. Leí sus palabras, que continuaban apareciendo desde la nada. Con letras, a veces sin sentido, de color dorado.

Entonces pasaron las horas. Y permanecí allí, como un bobo, ensimismado en aquellas grafías. Hasta que las ganas de comer golpearon mi estómago.

Saqué el jamón y busqué un lugar en la sombra para sentarme. No tardé en encontrar un saliente a los pies de un portón. Mordí la cecina y bebí la leche.

— No hay nada como el jamón ahumado— musité satisfecho.

Cuando ya me hallaba en el último bocado, el libro lanzado por el viejo y que había pateado hasta el centro de la plaza, tembló con violencia.

— Es el viento— dije convencido.

Pero en realidad no había ni pizca de aire.

— No pienso hacerle caso.

En ese momento, sus tapas se abrieron y las hojas comenzaron a corretear con celeridad. Tañendo unas sobre otras como el repique de tambores.

Dejé la bota en el suelo y caminé hasta él. Debía cerrarlo. Pero me fue imposible. Y lo intenté al menos diez veces. Cada vez que lograba taparlo, algo hacía que se descubriera de nuevo.

— ¡Está bien!— chillé cansado—. Lo leeré.

Entonces se quedó quieto. Lo levanté del firme y abrí su primera hoja. Encontré las primeras líneas a mitad de página:

— *Vuelve a cambiar la luna, pero esta noche nos sentimos preparados. No volverán a llevarse a nadie. No lo permitiremos. Se acabaron los raptos. Hoy les plantaremos cara. No tenemos miedo. Haremos que regresen por donde han venido.*

Cuando quité mi vista de la página, todo había oscurecido. La plaza estaba en tinieblas y no había rastro de los centinelas. No se oía nada. Tragué saliva y retrocedí hasta el portón donde un momento antes había dejado la leche.

— ¿Qué haces ahí fuera?— me preguntó una voz—. Vuelve aquí.

Una muchacha con caperuza me agarró del brazo y tiró hasta ocultarme dentro de un pasadizo. Al final de éste, había un parterre con techumbre de madera y un grupo de personas se amontonaba en círculo.

— ¿Tienes el pedernal?— cuestionó un hombrecillo con arco.

— El pedernal...— repetí confuso mientras penetraba en la formación—. Sí, claro.

— Espera a que se posen para prender el aceite. Tal y como lo hemos practicado.

Había mujeres y niños en el centro. Arqueros e infantes en el borde. Debían ser más de un centenar.

Algún bebé comenzó a llorar y varios niños gritaron asustados. Luego se calmaron y un silencio aterrador se adueñó del lugar.

Yo iba vestido como la joven, que descansaba a mi lado. Con caperuza y un sayal que besaba el suelo. A la altura de la cintura me colgaba un pequeño fardo cosido. En su interior había algo que pesaba.

— El pedernal para hacer fuego— manifestó la muchacha—. ¿Estás bien? Te noto desorientado. Pasmado en medio de la plaza y ahora palpando las piedras como si fueran caracolas en la orilla.

— Estoy asustado— reconocí en voz baja.

— Todo va a salir bien, Fred.

— ¿Fred?— balbuceé sin que se diera cuenta—. No me llamo Fred, mi nombre es...

Pero antes de que terminara de hablar, una mancha negra ocultó parte del cielo.

— ¡Ya están aquí!— chilló una anciana.

— ¡Arqueros!— rugió un caballero.

Los soldados mojaron la punta de sus flechas en diminutos barriles y se adelantaron dos pasos al círculo.

— Adelántate, Fred.

— No me llamo...

Una pluma negra acarició mi cara desde la frente hasta el mentón. Y luego otra. Y otra. Hasta convertirse en una intensa lluvia.

— Ni que fuera la primera vez que las ves.

La muchacha caminó cuatro pasos y, saliendo del círculo, se agachó al suelo. Yo hice lo mismo.

El empedrado se hallaba pringoso. A decir verdad, todo el parterre. Excepto cuanto pisaban los ciudadanos, se encontraba lleno de aceite. Saqué las piedras del fardo y me preparé para rozarlas.

Entonces una sombra se irguió delante de mí. Tenía cuatro garras, dos alas que abría y cerraba sin cesar, un enorme pico y tres ojos tan negros como un pozo sin final. Pero lo peor se hallaba encima, pues un jinete con dos espadas y un escudo a la espalda la montaba sin riendas.

— ¡Esperad!— me gritó el hombrecillo, muy exaltado, viendo como empezaba a frotarlas.

Pero no estaba frotándolas, sino que tiritaba. Y no de frío. Sino de miedo. Me temblaba todo el cuerpo.

— Cierra los ojos— dijo mi compañera—. Yo te indicaré cuándo debes rozarlas.

— Gracias.

Me calmé. Pero sólo un poco. Ya que mis oídos se agudizaron con el descenso de cada criatura. Eran más de una docena. Olían fatal. Como una mezcla de estiércol y sudor.

— ¿Puedo prender ya?— cuestioné nervioso.

— Ahora.

Abrí los ojos. El suelo estaba lleno de plumas negras. Algunas hundidas en aceite y otras flotando en la viscosidad.

Tras dos intentos logré hacer chispas. Una de ellas cayó sobre el firme, dando lugar a una enorme llama. Y que creció hasta la criatura, envolviéndola en una bola de fuego.

Lo mismo ocurrió con tres recién llegadas más. Sin embargo, las restantes, observando que sus hermanas ardían, levantaron el vuelo para posarse sobre el techado.

— ¡Abrid la trampilla!— bramó un infante.

Los niños y las mujeres se hicieron a un lado. Una portezuela en el suelo quedó al descubierto. Tan pronto como la hubieron levantado, comenzaron a pasar tras ella.

Los niños, primero. Después, ellas.

Yo también quería ponerme a salvo. Ya había cumplido mi propósito. Por eso, cuando la última mujer hubo descendido bajo el firme, me acerqué hasta la trampilla e icé la puertecita.

— ¿Dónde te crees que vas?— cuestionó la joven—. Eres un poco mayor para ocultarte en los conductos. Además de un cobarde.

Me sonrojé. Y no por el calor de las llamas. Aquella valiente muchacha tenía razón. Ella, después de todo, no había buscado la protección del subsuelo como las demás. Y yo sí.

— ¿Qué hago?— pregunté mientras veía cómo las criaturas se descolgaban del techado.

La joven se quitó el sayal. Una espada, que no tardó en desenvainar, apareció bajo su ropa.

Tiré de mi atavío y contemplé una igual sobresaliendo de las calzas.

La levanté con fuerza y arrojé contra una de aquellas criaturas que asomaba su cabeza desde arriba. No lo pensé mucho. Tan solo imité a los demás. La sangre tintó mi rostro de rojo sombrío.

Pronto se llenó todo de sangre, plumas y aceite. Por lo que el fuego continuó avanzando, ya dentro del círculo. Empezamos a apiñarnos. Cada vez teníamos menos espacio.

— ¡Qué nadie baje al conducto hasta acabar con todas ellas!— ordenó un hombre.

Pero el techo de madera comenzó a ceder y caerse. Y con éste los seres alados.

Un par de hombres murieron aplastados. Y otros tres fueron alcanzados por las llamas.

— Hay que salir de aquí— propuse a la muchacha, enzarzada en un combate que parecía no tener fin.

— Ni lo sueñes, Fred. O ellas o nosotros.

Así que volví a atacar. Esta vez sobre el lomo de una criatura que trataba de ponerse en pie.

El calor se volvió insoportable. Me iba a asar si continuaba luchando.

Toda la estructura terminó por precipitarse y una viga casi me quita la cabeza.

Ahora sí que estaba dispuesto a huir de aquella batalla. Desafortunadamente, las llamas y cuerpos inertes habían cubierto todo el firme y la trampilla no se veía. No tenía escapatoria.

De pronto, sentí como algo me levantó del suelo. Unas garras me habían tomado por los hombros. Y era doloroso. Solté varios espadazos hacia arriba, pero fue inútil. Pronto estuve tan alto como para desear que no me soltara. Así que me resigné y dejé que me llevara.

Cruzamos la ciudad entera. Recorrimos acantilados y atravesamos bosques infinitos. Ya no me sentía la espalda. Bajé los párpados y perdí el sentido.

Cuando volví a abrir los ojos, estaba en un enorme lecho de plumas blancas, suspendido en un salón de mármol blanco. Mis heridas habían desaparecido y un nuevo sayal vestía mi cuerpo. Lo mejor de todo es que me sentía con tantas fuerzas, que podría salir volando de allí.

Y en realidad fue lo que ocurrió, porque pronto descubrí que dos hermosas alas habían nacido de mis lomos.

— ¡Al fin has despertado!— exclamó una voz al verme revolotear.

— ¿Dónde estoy?— dudé mientras retozaba en el aire.

— En el libro.

— ¿Aún estoy leyendo?

— Sí. ¿Quieres salir ya?

— ¡No!— grité convencido—. Creo que me quedaré un tiempo más. Ya domino los giros.

Y diciendo esto, salté desde el firme con todas mis fuerzas. Desplegando mis alas mientras me dirigía hasta lo más alto del salón. Antes de chocar las recogí, emprendí una pirueta y descendí, otra vez, a toda velocidad.

Cuando toqué el suelo, todo se oscureció. Pero al mirar arriba, brotaron las estrellas. Escuché las olas. Estaba de nuevo en Balandría. Sin alas y con hambre. Cansado.

— ¿Te ha gustado esta memoria?

— Vete al cuerno— le contesté al viejo.

Y más enfadado que nunca, abandoné el lugar. Remontando la escalinata de arena con mal humor.

Las plumas del miedo.

Relato IV de **Cien memorias bajo el acantilado.**

Si te ha gustado este relato, puedes encontrar más, y gratis en mi web:

www.luisbaizan.com

Que el destino te sea grato.